

Investigar la comunicación 25 años de historia*

Delia Covi Druetta **
covi@prodigy.com



...adas vivió el perso
...ro Cultural Ollin Yoliztli.
... del lunes ... el Go
...o del DF se ... asi
...los a todos, ... xi
... de tres mese
... Rodeada de fu
... alía Mayor, la D
... títica Laboral
... e plantó fro
... del Co

...o trabajado
...e sus suel
... casi como
...s, es deci
... an arbit
... 4 mil
... mil pes
... a neces

... que hasta ahora no existe, par
... ndo de la base de que no se afecta
... an los ingresos de nadie, aunque se fa
... vorecerá a los que menos tienen.
... *El Gobierno está dispuesto a asu

* Estas reflexiones fueron presentadas en el Panel No.1: Simbiosis y rupturas entre la enseñanza y la investigación de comunicación en las escuelas de América Latina, VII Congreso Latinoamericano de Ciencias de la Comunicación "Formación e investigación en comunicación en América Latina: balance, corrientes y perspectivas". El encuentro tuvo lugar en la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina, octubre de 2004.

**Profesora e investigadora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora Nacional. Miembro del Comité Directivo de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, ALAIC y de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, AMIC.

WWW.



Resumen

Los posgrados de Comunicación en México, la Asociación Mexicana de Investigadores de Comunicación y la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, cumplieron en 2004, un cuarto de siglo de existencia. Estas reflexiones analizan la relación que durante esos 25 años han mantenido la educación de posgrado con el desarrollo de la investigación del campo de conocimiento de la comunicación. Este vínculo ha atravesado por cambios político-económicos, comunes a toda la región, que delinearon las grandes líneas de acción, marcaron periodos y delimitaron tendencias en materia de enseñanza e investigación de la comunicación.

Introducción

Para la comunicación el 2004 ha sido un año de aniversarios. Y es que un cuarto de siglo antes, se dieron los primeros pasos de un camino que iría configurando los estudios de posgrado de esa especialidad, la investigación y de algún modo, las directrices acerca de lo que podía constituir una política nacional de comunicación.

En efecto, la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, AMIC, nace a finales de los años 70, época en la que florecieron tanto asociaciones nacionales como la Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, ALAIC. Fueron también los años en que la UNESCO publicó *"Un solo mundo. Voces múltiples"*, editado en México en 1980 por el Fondo de Cultura. Esta obra, mejor conocida como Informe McBride, fue una suerte de fotografía de lo que estaba ocurriendo en materia de comunicación, pero sobre todo, un retrato de necesidades, de las acciones que podían tomarse para lograr que el nuevo orden informativo internacional, más equitativo, más plural y democrático, fuera una realidad.

En el transcurso de este cuarto de siglo aparentemente han ocurrido muchas cosas, sin embargo, otras tantas esperan todavía los grandes cambios, las transformaciones fundamentales que pueden colocar a la comunicación al margen de las fuerzas políticas y económicas. A finales de los 70 el McBride sostenía:

Las investigaciones sólo han sido realizadas en gran escala en un pequeño número de países industrializados. Por consiguiente, los países en desarrollo no han podido disponer sino de un pequeño número de fuentes y de una gama restringida de métodos para encontrar unas soluciones que quepa aplicar a sus problemas concretos de comunicación; en cuanto a su propia capacidad de investigación al respecto, es muy limitada. ... Las circunstancias históricas en las cuales se ha desarrollado en esos países, la investigación ha contribuido a crear una situación de dependencia, agravada por la inadaptación de las investigaciones extranjeras a sus propias necesidades, al paso que los modelos teóricos y metodológicos de los países desarrollados siguen sirviendo de referencia en la investigación y en la enseñanza. (McBride, 1980:386).

Parte de estas afirmaciones pueden sostenerse todavía hoy, a 25 años de su pronunciamiento. Pero también, podemos afirmar que estos 25 años han sido fundamentales en el contexto de la aún breve historia universal de la comunicación, porque son el esce-

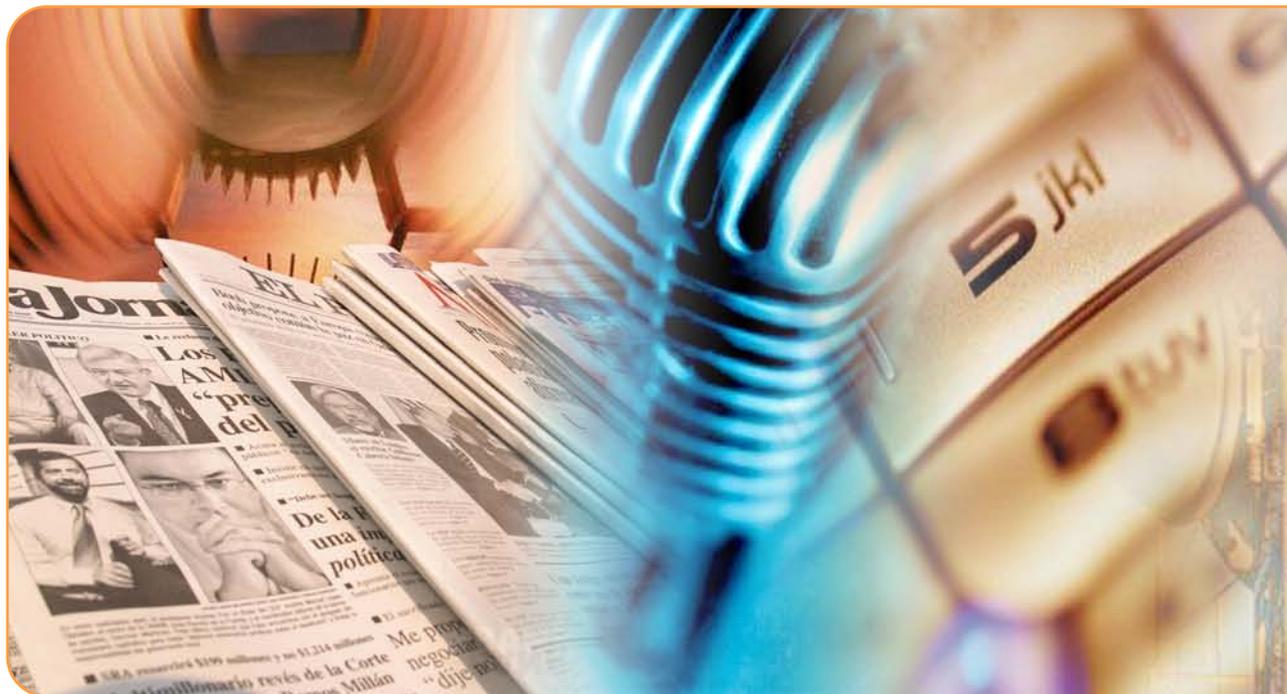
nario de grandes cambios. Tenemos, por ejemplo, que en lo particular desde fines de los 70 hasta la actualidad nuestro campo de conocimiento ha sido impactado por constantes innovaciones tecnológicas, y en lo general un nuevo modelo político económico vino a recomponer, a partir de los 80, el escenario mediático. A la sombra de las premisas neoliberales fuimos perdiendo la bipolaridad público-privado para quedarnos en un terreno a veces incierto, plagado de presiones de orden laboral, de contenido, de estructura institucional o empresarial, que hicieron de los medios y de la comunicación, algo diferente de lo que habíamos pensado y estudiado.

En este contexto, los temas, formas de financiamiento, condiciones de trabajo de la investigación en comunicación, han tomado rumbos diversos entretejiéndose en dos grandes universos: la investigación académica, que en general se realiza en universidades e instituciones de educación superior; y la investigación aplicada, que encuentra en la publicidad, la propaganda, la comunicación política, el marketing, las empresas, etc., su lugar de desarrollo. Son por otro lado, las dos grandes vertientes en que históricamente se han movido los estudios sobre comunicación.

Estas reflexiones fueron construidas a partir de los 25 años de vida de Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, AMIC, pero es una historia que cambiando actores y circunstancias, es

similar a la vivida en otros países. El cuarto de siglo transcurrido puede ser analizado desde miradas diversas, pero a mi juicio una tiene especial influencia en el curso que toman las investigaciones: los posgrados en comunicación. Tanto los socios fundadores como buena parte de los miembros actuales de la Asociación provienen de la academia. Los posgrados constituyen así, una de las fuentes que alimentan y renuevan la investigación, pero también, son una pieza fundamental en los cambios que ha experimentado la educación superior durante el último cuarto de siglo.

Desde mi lugar de trabajo: la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, he tenido ocasión de participar en algunos de esos cambios, ya que por su carácter nacional la UNAM es reflejo y vanguardia de las transformaciones en la educación superior. Es a partir de esa experiencia que formulo estas reflexiones, las que parten de una premisa: la trayectoria recorrida por los posgrados públicos y privados se refleja en los 25 años de historia de AMIC. Considero asimismo, que el tipo de investigadores que forman parte de la Asociación tienen, básicamente, vocación por desarrollar investigación académica, lo que no impide que haya quienes realicen investigación aplicada y otros que vean restringidas sus posibilidades en este campo, debido a las nuevas condiciones que establecen las políticas educativas y científicas.



Espejo de las grandes transformaciones del país, los posgrados marcan rumbos en investigación y docencia. En estos rumbos es posible distinguir tres momentos: los inicios, las reformas que experimentan a partir de los lineamientos mundiales y nacionales en esta materia, y el presente: educación e investigación del siglo XXI.

Los inicios

Con la implantación de las políticas neoliberales, que en México tienen su fecha de nacimiento en el año de 1982, durante la presidencia de Miguel de la Madrid Hurtado, la sociedad comienza a experimentar cambios profundos cuyas repercusiones llegan hasta nuestros días. Como una suerte de preámbulo de estas transformaciones, la educación había iniciado su reconversión a finales de los 70, creando programas de posgrado a lo largo del continente. Algunas de las maestrías que se imparten actualmente en América Latina iniciaron en esos años, paralelamente, esos posgrados comienzan un camino paulatino de institucionalización.

Las primeras Maestrías en Comunicación de México nacieron en 1979, justo cuando AMIC comenzó su labor de aglutinar a los investigadores del ramo. La primera fue la de la Universidad Iberoamericana y unos meses después la de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ambas instituciones ya tenían una licenciatura en comuni-

cación por lo que el programa de Maestría era su destino natural. Tanto en uno como en otro caso eran estudios escolarizados, cuyos programas atendían básicamente al análisis sociológico de los medios de comunicación y sus efectos. La UNAM más inclinada al estudio del periodismo como eje de las comunicaciones masivas, la Iberoamericana interesada en los problemas del desarrollo.

Los estudiantes de aquellos años pertenecían a generaciones rezagadas que no habían tenido hasta entonces la oportunidad de cursar un posgrado en el país. La academia comenzaba así su propia reconversión para los tiempos que vendrían. En ese contexto, y al iniciar la investigación su propia institucionalización, se fue convirtiendo en requisito para los docentes en tanto que para los estudiantes constituyó parte medular de los contenidos de posgrado.

Hasta entonces, las investigaciones sobre nuestro campo de conocimiento habían sido coyunturales, a veces producto del análisis político y económico de los medios, otros derivados del trabajo profesional de periodistas y algunas más, consecuencia de los posgrados cursados en el extranjero. Esa ha sido una constante que se da en toda América Latina, región que había empezado a poblarse de voces interesadas por la emergencia de los medios y su importancia social.

Durante la década de los 80 el peso de las maestrías estaba puesto en la aprobación de materias, más que en el desarrollo de una investigación que al final, se constituiría en la tesis. Cursar materias y hacer la tesis eran dos momentos distintos en los posgrados, un proceso que no pocas veces acaba con la deserción de los pasantes, captados por el mercado de trabajo e incapaces de realizar sus propias investigaciones fuera del ámbito de la academia. En este contexto, los análisis de temas de comunicación estaban en manos de los académicos que bien podríamos denominar "de la primera hora de AMIC", quienes además, se iniciaban como docentes de posgrado. Algunos tuvieron la oportunidad de estudiar en el exterior, otros lo hacían a través del reconocimiento que los cuerpos colegiados daban a su experiencia y la mayoría, sumándose rápidamente a los procesos de reconversión, se transformaron en alumnos de las nacientes maestrías que contribuyeron a avivar el interés por la investigación.

En el ámbito nacional fue en los 80 cuando comenzaron a tomar auge algunas instituciones que más tarde se denominarían intermedias, debido a su tamaño. Su creación obedeció a la necesidad de encontrar espacios educativos más manejables tanto en su administración y como en aspectos aca-





amic



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
CIUDAD DE MÉXICO

démicos. En esas instituciones de nuevo cuño, docencia e investigación eran caras de una misma moneda, por lo que también contribuyeron a la institucionalización de la investigación, promoviendo además trabajos interdisciplinarios. Cabe agregar que de algún modo, las instituciones intermedias constituyeron un parte aguas porque presentaron proyectos innovadores, diferentes en su organización y desarrollo, a la vez que sirvieron como la compuerta que buscaba cerrar las experiencias pasadas.

Estos fueron los comienzos de los posgrados en Comunicación en México, pero también el de un camino sin retorno hacia una investigación institucionalizada, ligada a la enseñanza y a un sistema de evaluaciones y promociones que se consolidaría en la siguiente década. Para entonces AMIC contaba entre sus filas con un grupo de investigadores, los que le dieron origen, que se fue diversificando en la medida en que emergían nuevas generaciones de egresados y también, en la medida en que la investigación pasó a ser una actividad menos espontánea, mucho más regulada por las normas académicas. Las tesis, puente de unión entre escuela y realidad, empezaron a reflejar las preocupaciones de entonces, pero también, eran espejo de los intereses, de las actividades profesionales y de las inquietudes de una nueva generación de investigadores.

En aquellos tiempos, la investigación aplicada que se presentaba en los foros anuales de la Asociación, estaba ligada a instituciones públicas. En general la producida en el sector privado, hermética como

hasta ahora, no trascendía a presentaciones y reflexiones como las que propiciaba AMIC.

Si la AMIC de los primeros días fue resultado del impulso de una generación que había construido por fuerza y voluntad propia, el camino incipiente e inicial de la investigación de la comunicación nacional, la institucionalización de los estudios de posgrados produjo el salto hacia otra generación y otras preocupaciones. Uno de los síntomas evidentes de esos tiempos fue el abandono de los grandes temas, los más abarcadores, para voltear la mirada hacia cuestiones puntuales. El rigor metodológico se profundizó e incluso podría hablarse de un desplazamiento del interés por los medios al interés por la comunicación.

Las reformas

En el 79 u 80 la apertura de posgrados fue uno de los signos del inicio de un cambio social profundo, en tanto que quince años después estas transformaciones ya eran un hecho, por lo que la educación debía hacer esfuerzos para adaptarse. Como sabemos, la reconversión del Estado a partir de las políticas neoliberales y el consenso de Washington, promovió la privatización de empresas y servicios que estaban en sus manos. En este contexto, poco a poco se fue dando una mayor apertura a la educación privada, al tiempo que el achicamiento del Estado benefactor se manifiesta en el ámbito educativo con presupuestos menores y una paulatina retirada de los niveles de decisión sobre los contenidos de la enseñanza y la investigación.

En este contexto las reformas, que podemos ubicar entre 1995 y 2000, fueron respuestas a las demandas de fin de siglo. En el caso de la UNAM este periodo va desde 1996 a 1999, pero si consideramos los antecedentes y la puesta en marcha de los programas aprobados, requirió cinco años de trabajo continuo, interdisciplinario y plural. En 1997 la UNAM dio a conocer su Nuevo Reglamento de Estudios de Posgrado, por lo que los cambios se orientaron a cumplir con esa normatividad, que sentaba las bases para crear posgrados que integraban distintas áreas de conocimiento, impartidos por varias instituciones a fin de promover el trabajo conjunto y también, ligaba estrechamente los programas con procesos de investigación. En los nuevos programas la aprobación de materias y la realización de las tesis son simultáneas, revalorizándose la figura del tutor que trabaja de manera cercana con el alumno, orientando su trabajo de investigación. En esos años se advertía un aumento en el interés de estudiosos de otras disciplinas por investigar temas de comunicación.

Requisitos de ingreso y egreso, condiciones de permanencia, duración de los estudios, tipo de currícula, se estandarizaron para lograr resultados similares en los estudios superiores. Las maestrías se convirtieron en programas cuyo eje es la investigación y su denominación (muy variada a lo largo del continente) se extendió a otras formas de enseñanza de posgrado, como los profesorado o cierto tipo de diplomados, lo que llevó a una estandarización tanto de su nombre como de su estructura general. Los doctorados experimentaron un proceso similar, con variantes según países.

En este contexto, es posible afirmar que los años de las reformas constituyen un parte aguas y tal vez, el periodo de mayor institucionalización de la enseñanza en maestría y doctorado. En materia de investigación,

se acentuó la división de las nuevas generaciones entre quienes optan por la investigación aplicada y quienes buscan insertarse en la académica haciendo investigación pura. Pero estas decisiones no responden sólo a intereses personales. También se cruzan con los lineamientos del propio modelo neoliberal que llevó a las universidades públicas a cerrar sus plazas a las nuevas generaciones de investigadores, sólo algunas instituciones privadas realizan investigación y otras comprometen sus estudios con intereses económicos y causas instrumentales. En este contexto y en la medida en que el papel de la comunicación se redimensiona, crece el volumen de la investigación aplicada, en tanto que la básica carece de espacios apropiados para desarrollarla y encuentra restricciones de presupuesto.

Tal como sostiene Guillermo Villaseñor García:

"No se trata, desde luego, de una privatización burda que pretenda desembocar en la compra de las universidades públicas por el capital privado, como si estas fueran una inversión rentable; más bien se trata de una privatización sutil que va creando todos los mecanismos posibles para que los tres productos de las universidades públicas (egresados, conocimientos y valores), se canalicen de acuerdo con las necesidades competitivas diferenciadas del capital privado" (Villaseñor, en Comboni, Juárez y París, 2002:61).

Esta es la realidad a la que se enfrenta AMIC, una realidad que, por otra parte, es común a toda nuestra región. En efecto, en materia educativa las políticas públicas en toda América Latina han estado orientadas por tendencias similares, obteniendo resultados también similares frente a los cambios.

Las reformas en los posgrados a los que hice referencia, se hicieron evidentes en las reuniones anuales de AMIC. En cada congreso nuevos investigadores comenzaron a presentar propuestas, avances o resul-



tados finales de sus investigaciones, los que en general estaban ligados a sus tesis. A pesar de su interés, no muchos graduados lograban continuar con investigaciones de corte académico, por lo que algunas inquietudes y vocaciones se fueron canalizando a la investigación aplicada e instrumental.

A los años de las reformas corresponde también, la creación del Sistema Nacional de Investigadores, SNI, dependiente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT, que encontraría una planta más o menos armónica pero muy escasa de estudiosos de la comunicación, producto de la etapa que he llamado *los inicios*, o sea, fines de los 70 y primeros años de los 80.

En términos de investigación, sin duda el SNI constituye el nivel más alto del proceso de institucionalización que esta actividad ha experimentado. Sus requisitos de ingreso y permanencia se identificaron prontamente con procesos evaluativos que, aunque se fueron modificando con el tiempo, estaban orientados por criterios cuantitativos o derivados de las ciencias exactas. En este contexto, el Sistema se constituyó en una suerte de auditoría sobre la actividad de los investigadores. Junto a la renovación que implicó crear el SNI, CONACYT emprende otras acciones, tales como los programas de becas para estudiantes, los Padrones de excelencia de posgrados y de publicaciones científicas, los que poco a poco se constituyen en recursos determinantes para la legitimación de las actividades académicas. Este reconocimiento obliga, al mismo tiempo, a tomar en cuenta las recomendaciones planteadas en las políticas generales de educación superior.

A mediados de los 90 se pasa así de la evaluación (reconocimiento que un organismo público hace



de un programa académico certificando que cumple con los estándares requeridos) a su acreditación, práctica que facilita el uso condicionado de los recursos como mecanismo de conducción inducida. *"... la acreditación cumple también con el objetivo de seleccionar los programas académicos que son rentables y 'pertinentes' desde la perspectiva dominante"* (Villaseñor, en Comboni, Juárez, París, 2002:61). La educación superior pasa así, de un financiamiento condicionado a uno controlado, o sea, de un Estado evaluador a un Estado auditor-controlador (Villaseñor, en Comboni, Juárez, París, 2002:61).

Desde mi perspectiva, los cambios experimentados por la educación superior y las políticas científicas, promovieron un "empoderamiento" de instituciones de índole diversa que son las que esta-



blecen las agendas de investigación. El control que ejercen esas instituciones sobre los procesos de investigación académica, está contribuyendo a desdibujar la línea divisoria entre los sectores público y privado. En el sector público becas y financiamiento condicionan los temas de investigación, en el privado, las necesidades de los clientes.

En suma, las reformas promovidas para el educación superior desde los organismos internacionales y aplicadas en los países de nuestra región, fomentan un sistema que durante los años en los que se cursa un posgrado se crea el interés y las condiciones para que los estudiantes inicien una carrera en la investigación. Sin embargo, en el campo laboral las condiciones no están dadas para que continúen. Así, algunos van a parar a la investigación instrumental, ligada a procesos productivos o de temas específicos, otros ejercen como profesionales de la comunicación en áreas diversas. AMIC tiene el privilegio de escuchar sus trabajos en las reuniones nacionales que cada año organiza, pero lamentablemente, tiene también la desventura de no ser testigo del desarrollo de su carrera que, al pasar a otro ámbito, los aleja de la investigación y como consecuencia, de la Asociación.

El presente

A manera de cierre, haré una breve referencia al momento actual de la investigación académica de la comunicación en México. A pesar del debilitamiento impuesto desde las esferas hegemónicas a las universidades públicas, según cifras de 2002 el 50% de la investigación, el 54% de los estudiantes de licenciatura y el 48% de los de posgrados, son atendidos en las 44 universidades públicas con que

cuenta México (Comboni, Juárez y París, 2002:91). Esta situación nos regresa al comienzo pero con nuevos desafíos.

El conjunto de las ciencias sociales está pasando por lo que Gilberto Jiménez llama la fase de hibridación o amalgamación entre disciplinas fronterizas o entre segmentos de disciplinas. Esto implica no sólo amalgamar disciplinas afines, sino que en términos del ámbito de estudio han pasado de lo local a lo universal, lo nacional y lo global. La comunicación participa de estos cambios y también de la crisis de las ciencias sociales.

El camino recorrido desde finales de los 70, la institucionalización de la que ha sido objeto la investigación de la comunicación, nos coloca en la disyuntiva de una investigación académica que se debilita por las condiciones político-económicas actuales; y una investigación aplicada en crecimiento pero que sus resultados siguen secuestrados por intereses económicos o políticos. Teóricamente, se trata de universos paralelos que pocas veces se tocan debido a que tienen vocaciones y destinos diferentes. En la práctica, asistimos a un acercamiento que debe analizarse con cuidado, de manera que podamos distinguir sus propósitos y metas.

Si los primero 20 años de la historia de AMIC fueron alimentados por la investigación académica, desde mediados de los 90 el panorama comienza a cambiar. La relación de la comunicación con la sociedad de finales del siglo XX y comienzos del XXI no sólo es compleja, también es creciente e imprescindible. No obstante la emergencia de la información como un elemento crucial de los cambios sociales que experimentamos, persisten problemas viejos a la vez que surgen otros nuevos. La falta de reconocimiento



(interno y externo) del campo de estudio de la comunicación, las confusiones sobre las fronteras disciplinarias (que no es lo mismo que su porosidad para investigar desde otra dimensión), bajos salarios, presupuestos limitados para la investigación y difusión de los conocimientos, son entre otros, factores que podemos considerar dentro de los viejos problemas del campo que aún no alcanzan solución. Y a esto se suma lo nuevo: una sociedad cuyo modo de ser es comunicacional pero a la cual no se le otorgan los recursos ni la legitimidad para estudiar este modo de ser desde su propia perspectiva.

En este contexto, tanto AMIC como otras asociaciones nacionales de investigadores de la comunicación, deben jugar un papel determinante para señalar las diferencias de esos dos universos investigativos. No desde el enfrentamiento, sino desde una necesaria contextualización de los por qué, para qué y cómo de esas investigaciones.

Un cuarto de siglo es un tiempo escaso para los grandes cambios que necesita el campo de estudio de la comunicación. Es mucho si consideramos que durante esos 25 años las asociaciones nacionales latinoamericanas y la propia ALAIC, han desarrollado la ardua tarea de ir reconociendo, construyendo y defendiendo el lugar que ocupa el investigador de la comunicación en nuestra sociedad.

Referencias bibliográficas

Comboni, Juárez, París, coordinadores (2002). *¿Hacia dónde va la universidad pública? La educación superior en el siglo XXI*, UAM-Xochimilco. México.

Gadotti, Moacir y colaboradores. (2003.) *Perspectivas actuales de la educación*, Siglo XXI Editores. Argentina.

Giménez, Gilberto (2002). *El debate contemporáneo de las ciencias sociales*, Mimeo, México.

Latin American Studies Association, LASA (2003). *Ciencias sociales en América Latina. Mirando hacia el pasado y atisbando el futuro*, Guillermo O'Donnell, Volumen XXXIV, No. 1. USA.

McBride, Sean (1980). *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. UNESCO-Fondo de Cultura Económica. París, Francia.

Plan de Maestría en Comunicación (2002). FCPS, CISAN, IIS, CRIM, Dirección General de Estudios de Posgrado, UNAM.

Programa de Postgrado en Ciencias Políticas y Sociales (2000). FCPS, UNAM.

